

ANTONIO MACHADO Y EL ECLESIASTES

Cuando en 1949 estudiaba en la Universidad Columbia de Nueva York, escribí un ensayo sobre el tema de la angustia en la poesía de Antonio Machado. Puntualizaba en él las filiaciones de Antonio Machado con el *Eclesiastés* y con Kierkegaard.

Puse en relieve que precisaba estudiar, sistemáticamente, el influjo que el libro bíblico ha ejercido en la literatura española, desde Jorge Manrique a nuestros días. Tiempo, afanes, soledad, angustia, muerte son los temas más recurrentes del *Eclesiastés*, y son esos, también, temas recurrentes en todas las épocas de la literatura española. En la obra poética de Antonio Machado están omnipresentes.

En cuanto al influjo de Kierkegaard, bueno es recordar que el filósofo danés impresionó profundamente a pensadores noventaiochistas españoles, particularmente a Miguel de Unamuno, por quien siente Machado gran admiración y a quien llama "gigante ibérico, por quien la España actual alcanza proceridad en el mundo".¹

Llama la atención que Machado tuviera tan generosas consideraciones con hombres de su misma generación: Rubén Darío, J.R. Jiménez, Valle Inclán, Azorín, Pio Baroja, Pérez de Ayala, Eugenio D'Ors, Ortega y Gasset, entre otros, aunque muestra muy particular aprecio por Unamuno y Darío y por su maestro de la Institución Libre de Enseñanza, Francisco Giner de los Ríos.

Se acerca a Unamuno con ejemplar sencillez y trae a su poesía ese tema de la angustia, que tanto inquietó al profesor salmantino. Dice:

*Y cuando llegue el día del último viaje
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar
me encontraréis a bordo, ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar (103)*

Es significativa esa frase "ligero de equipaje", que pone de relieve su profunda sencillez. Ha dicho antes:

¹ Antonio Machado, *Poesías completas*, Madrid, Espasa Calpe, 1928, p. 299. Todas las citas son de esta edición.

*Yo para todo viaje—
siempre sobre la madera
de mi vagón de tercera—
voy ligero de equipaje, (127)*

y,

*las más hondas palabras
del sabio nos enseñan,
lo que el silbar del viento cuando sopla
o el sonar de las aguas cuando ruedan. (94-95)*

Aunque en rigor Unamuno no se distinguiera por la humildad, conviene señalar que el reservado Antonio Machado no puede evitar la admiración por un hombre, de quien opina:

*Y es tan bueno y mejor que fue Loyola:
sabe a Jesús y escupe al fariseo (246)*

Pero en estas breves palabras más bien intento recalcar el influjo que el *Elcesiasrés*, directa o indirectamente, ha ejercido en la temática más reiterada de Antonio Machado. Expresa él mucho aprecio por Jorge Manrique. Por boca de Juan Mairena dice que “una intensa y profunda impresión del tiempo sólo nos la dan muy contados poetas. En España, por ejemplo, en don Jorge Manrique, en el Romancero, en Bécquer” . . .

Jorge Manrique es el primero de los grandes poetas españoles que hace poesía con los perennes temas del *Elcesiasrés*. No es de extrañar, pues, que Machado se identifique con Manrique. Exclama Salomón: “. . . así son enlazados los hijos de los hombres en el tiempo malo, cuando cae de repente sobre ellos”. Y agrega que “todo tiene su tiempo”, . . . “el hombre va a su morada eterna” y “la tierra siempre permanece”. Incluso utiliza Manrique las preguntas retóricas que aparecen en el *Elcesiasrés*. “Entre los poetas míos / tiene Manrique un altar”, asegura Machado. (P. 73)

De parejas con el tema del tiempo van, complementariamente, los temas de la angustia, la soledad, la muerte, los símbolos del agua. En Machado se agrega el fervor por los árboles —olivos, naranjos, limoneros, cipreses, encinas, chopos, álamos, olmos, que están asociados a Andalucía o a Castilla, según sea el caso; alguno de los cuales coloca con sus frutas junto a una fuente, para evocar tiempos pasados y aun sugerir el paraíso. Cuando, después de haber vivido con su mujer en Castilla, regresa solo a Baeza, los naranjos le recuerdan a su amada mujer, muerta prematuramente.

Con los árboles y con las fuentes y los ríos están la “buena gente” del afán campesino, aquellas

*. . . buenas gentes que viven
laboran, pasan y sueñan
y en un día como tantos
descansan bajo la tierra (12)*

Mientras tanto, el poeta va soñando caminos, pobre, acompañado por la soledad, confiesa:

*Tan pobre me estoy quedando
que ya ni siquiera estoy
conmigo, ni sé si voy
conmigo a solas viajando (192)*

Su *Retrato* (autorretrato, más bien), aparte de las señas concretas —“torpe aliño indumentario”, pobreza— es su retrato espiritual: el hombre que habla consigo mismo; quien a pesar de la posible “sangre jacobina”, vive mansamente, traspasado de angustia y soledad.

El hombre del *Eclesiastés*, grita que “todo es vanidad y aflicción de espíritu” porque aun añadiendo ciencias se añade dolor. Dice Machado:

*Caminante son tus huellas
el camino, y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.
Al andar se hace camino
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante, no hay camino
sino estelas en la mar. (211)*

Angustiado exclama:

Oh soledad, mi sola compañía (319)

Como ha sugerido uno de sus críticos, Benito Lobo,² Machado oscila entre lo “accidental histórico” y lo “esencial eterno”. Porque, pese a las apariencias anecdóticas de muchos de sus versos, en donde se cuentan circunstancias casi cotidianas, en toda su poesía se siente —o se presiente— “lo esencial eterno”.

Como en el *Eclesiastés*, la preocupación melancólica por la muerte —no olvidará jamás la terrible muerte de su Leonor— es recurrente. La sugiere a través de símbolos: lejanías sin regreso, mar, estelas sobre el agua, polvo.

El procedimiento de expresión simbólica más persistente en su poesía es lo que he llamado la santísima trinidad metafórica: fuente, río, mar. Tres metáforas diferentes y una sola metáfora verdadera: *agua*. Así se nos ofrece en el *Eclesiastés*, en donde hay temor de que “el cántaro se quiebre junto a la fuente”, principio de vida. Allí “los ríos van al mar, y el mar no se llena; al lugar de donde los ríos vinieron, allá vuelven para correr de nuevo”.

² José A. Benito Lobo. *Antonio Machado, el antihidalgo*, en *El Urogallo* Núm. 34, año VI, julio-agosto, 1975.

Es el procedimiento metafórico que pone en práctica Jorge Manrique en sus *Coplas*:

*Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar.*

Puédese observar, claramente, que la imagen trinitaria tiene su fuente en el *Eclesiastés*. Con ella, la preocupación por el tiempo; la angustia, la soledad, la muerte . . .

Examínense los versos de los mejores poetas españoles, después de Manrique —el Romancero, Quevedo, Bécquer, Machado— y se advertirá la impronta sentimental del *Eclesiastés*. El propio Machado lo ha visto así, cuando habla de la expresión del tiempo en los poetas de más profundidad. Afirma, melancólicamente, Machado:

*Todo pasa y todo queda,
pero lo nuestro es pasar,
pasar haciendo caminos
caminos sobre la mar. (216)*

Sus fuentes aparecen casi siempre en la tarde, en la neblina del recuerdo, cuando él era niño en Andalucía.

*Jugando, a la sombra
de una plaza vieja
los niños cantaban . . .
La fuente de piedra
vertía su eterno
cristal de leyenda. (20)*

El “eterno cristal de leyenda” era impresión del poeta, que en este instante, evocaba su niñez. Para los niños que en la plaza jugaban no existía tal “leyenda”. Pero es pertinente advertir que el poeta coloca a los niños junto a la fuente.

Casi siempre es así, si no niños, por lo menos gente joven, que empieza a vivir. Con pena de hombre de jornadas confiesa:

*. . . aunque fluya hacia la mar ignota
es la vida también agua de fuente (324)*

Hablando de su Guadalquivir, afirma que el río

*como yo, cerca del mar,
río de barro salobre,
¿sueñas con tu manantial? (295)*

Pero es el río la mayor obsesión de Antonio Machado. Río: o camino jornada, senda, sendero, vereda . . . Se manifiesta de muchos modos esta sensación de jornada hacia la mar

“ . . . que es el morir,”

en palabras de Jorge Manrique y, también, del *Eclesiastés*.

Machado se vale de los ríos de la geografía española —el Duero, el Guadalquivir— para traducir este concepto de jornada vital. El Duero es sangre —desangre— de Castilla: “. . . tus largos ríos, Castilla, hacia la mar”. (104) y reafirma:

*Castilla, España de largos ríos
que el mar no ha visto y corre
hacia los mares. (231)*

Además del símbolo ya explicado hay en esos versos una maravillosa síntesis de la historia de Castilla que, estando tierra adentro, corre a los mares a descubrir mundos. Sin embargo, no deja de persistir la impresión de que los ríos arrastran la soledad castellana hacia la mar.

De Machado se puede decir lo que de Darío él decía generosamente: “Su mirada era tan profunda que apenas se podía ver”.

Se pregunta:

*¿acaso como tú y por siempre, Duero,
irá corriendo hacia la mar Castilla? (113)*

Llevado por la angustia, está el poeta “cerca del mar”, pero el Guadalquivir es río de Andalucía, de donde procede; por eso inquiere del río: “¿sueñas con tu manantial?” Inevitablemente le asaltan los recuerdos de los manantiales y las fuentes, de los naranjos y los olivos.

Este correr de los ríos vitales tiene expresiones proteicas en las jornadas, los caminos, las sendas, los senderos . . . La vida de Machado está surcada de caminos con su invitación de viaje, su sugestión de polvo y fatiga al final de la jornada. Pero Machado es caminante que se apresta a aceptar la invitación “ligero de equipaje”.

¿Qué hubiera sucedido si Leonor, la joven esposa de Machado, en vez de morir trágicamente, hubiera vivido para acompañar al poeta? Nadie lo sabe, pero quizá no hubiese escrito sus más profundos versos.

“Los ríos van al mar y el mar no se llena” dice el *Eclesiastés*. Recordando a Leonor, su angustia salobre cerca del mar, el poeta se pregunta, en su eterno soliloquio de hombre

*“que ya ni siquiera estoy
conmigo ni sé si voy
conmigo a solas viajando”:
“¿sueñas con tu manantial?” (192)*

Pero la obsesión de la muerte le hace recordar:

*Todo pasa y todo queda
pero lo nuestro es pasar,
pasar haciendo caminos
caminos sobre la mar. (216)*

La reiteración temática es significativa en la poesía machadiana. No escribió mucho. Escribió con profundidad. Sin embargo, estuvo cerca del hombre común, por sus ideas de convivencia, porque, como dice Leopoldo de Luis,³ "la obra de Machado constituye una auténtica red de relaciones y contactos". Combatió activamente —aun con su manera de vestir— el tradicional hidalguismo español. En ese sentido era hombre de pueblo, profundamente identificado con las

*... buenas gentes que viven,
laborando, pasan y sueñan,
y en un día como tantos
descansan bajo la tierra. (12)*

Por circunstancias dolorosas murió en país que no era el suyo, lejos de su Baeza y de Soria. El Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico se honra honrándolo, a cien años de su manantial.

Enrique A. Laguerre

³ Leopoldo de Luis, *Evocación de Antonio Machado*, en *El Urogallo*, número 34, años VI, julio-agosto, 1975.